

# **La crítica a la sociología como crítica de la ciencia en la Sociología Argentina de los 1960's.**

Alexandra Tedesco y Vitor Hugo Dos Reis Costa.

Cita:

Alexandra Tedesco y Vitor Hugo Dos Reis Costa (2017). *La crítica a la sociología como crítica de la ciencia en la Sociología Argentina de los 1960's*. XII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-022/661>

## La crítica a la sociología como crítica de la ciencia en la Sociología argentina de los 1960's.

*O destino de toda visão utópica está vinculado ao destino dos intelectuais, pois se em algum momento a utopia pode sentir-se em casa, é entre os pensadores independentes e nos cafés por eles frequentados. Na medida em que eles já não existem, a visão utópica esmorece*

Jacoby em O Fim da Utopia.

*Outrora o poeta considerava-se como um profeta, era honroso; depois tornou-se pária e maldito, o que ainda era aceitável. Mas hoje caiu no grupo dos especialistas, e não é sem certo mal estar que menciona, nos registros de hotel, a profissão 'homem de letras' a seguir do nome*

Sartre em Le Temps Modernes.

A nadie le ocurre hoy – ni a la prensa, la universidad, etc - la idea de que los intelectuales estadounidenses deban ser responsables por los atentados que el gobierno de su país ha hecho en el Oriente Medio, tampoco que sus homólogos rusos lo sean, en cualquier medida, en relación con las acciones de su gobierno en la guerra de Crimea. Del mismo modo, en la destitución de la presidente Dilma Rousseff en Brasil en 2016, proceso impregnado de ambigüedades legales y abusos de distintos órdenes, los intelectuales brasileños se encontraron en posición delicada para tratar de organizar una manifestación pública sobre el caso. Esta independencia relativa entre las esferas intelectual y política no es, sin embargo, un requisito de la existencia de ambas, tampoco una característica indeleble. Es, no obstante, un dato importante acerca del estado de autonomía del campo intelectual, que circunscribe sus posibilidades de posicionamiento en el ámbito público. En el siglo XX, sobre todo en los contextos de guerra mundial, hubo un sustancial *aggiornamento* de la idea de compromiso intelectual y de responsabilidad. Ocasiones como el proceso de descolonización, los juicios de los nazis después de la Segunda Guerra Mundial y las repetidas tensiones de la Guerra Fría, fueran situaciones donde en gran medida los hombres de letras no sólo se hicieron escuchar en el ámbito público como en gran parte fueron cargados por la sociedad para emitir una opinión. Es, en los términos de Passeron (BOURDIEU & PASSERON, 1975), la aparición del escandaloso fenómeno del intelectual total, proveedor de respuestas igualmente totales.

Aun en 1919, bajo los impulsos de la primera guerra y la expansión de las universidades alemanas, Max Weber señaló, en *Ciencia como vocación*, que la

supervivencia de la universidad en su molde clásico, como bastión de la ciencia y del cultivo del espíritu, dependía de un posicionamiento independiente de los profesores en relación con la política. En su visión, cuando el profesor desencadena dispositivos de evaluación, interfiere en la plena comprensión de los hechos. Por lo tanto, la misión del intelectual es, para el pensador alemán, llevar a los límites lógicos todos los puntos de vista, todas las líneas de razonamiento, separando así el contenido lógico de algo del valor que a él se imprime. El debate sobre la neutralidad y el compromiso intelectual, sin embargo, tiene su propia historicidad, observable, en los términos de Bourdieu, cuando la tensión entre la autonomía de los campos se pone en primer plano del análisis (2011). Si los intelectuales son, por un lado, una parte constitutiva de la sociedad contemporánea, su confinamiento en las universidades, la autonomía institucional que los sostiene y pluralización de las instancias de consagración derivadas de las nuevas tecnologías de los medios retiró, en la mayoría de las sociedades occidentales, su prerrogativa central: el monopolio de la palabra. En este sentido, el propósito de esta discusión es entender una manifestación específica de este cambio, a saber, el caso argentino de la década del 1960.

Beatriz Sarlo en *Antología del pensamiento argentino* (2015), parte de Adorno para pensar una especie de "moral intelectual" como aquella que rechaza la lógica del dinero y del poder. La tensión de los intelectuales argentinos con la escena pública, de acuerdo con la autora, se exagera en la experiencia de la Guerra de las Malvinas, en la que los intelectuales vieron a los medios de comunicación ocupar su lugar narrativo. Eso ocurrió en la medida en que su confinamiento institucional, cuando se compara con la fuerza de la opinión pública, provocó una situación en la que "el discurso crítico no fue capaz de audibilidad." La ponderación de Sarlo es un punto de partida para una necesaria reflexión histórica de la relación entre los intelectuales y su público. La historia del campo intelectual argentino es, de forma prototípica, caracterizada por la fuerza de la esfera privada de la producción cultural - desde finales del siglo XIX pasando por el *boom* editorial de la década de 1930 – en perjuicio de las instancias oficiales, como las universidades. Las repetidas intervenciones que las instituciones educativas han sufrido durante el siglo XX contribuyeron a que la circulación de prestigio intelectual se promoviera, sobre todo, en las revistas y circuitos privados. Nos propusimos, por lo tanto, que la discusión sobre la autonomía, la participación y la crítica pública de validez del

discurso científico no se dá en términos absolutos: la autonomía se establece siempre en relación con alguna otra instancia.<sup>1</sup>

Conforme Miceli, en la Argentina, la práctica intelectual autónoma estaba estrechamente vinculada a la fortuna personal. En la década del 1920, con casi ningún incentivo a la cultura, el circuito real era el de los editores, un compuesto de "rebeliões autorais, demandas da industria cultural e exigencias de pedágio político" (2012, p. 27), lo que daba mucha fuerza a las graduaciones vinculadas a los enlaces de clase y *status* en el sentido weberiano. Este circuito privado, especialmente en el campo de la literatura, fue el pilar de la vida intelectual argentina durante los períodos de dictadura, mientras que la universidad se mantuvo bajo una expectativa autoritaria. Parto de una consonancia, en este sentido, con la gran parte de la historiografía sobre el tema, que señala que en las primeras décadas del siglo XX (aunque los episodios fundamentales como la Reforma de Córdoba en 1918 sean tomados en serio) gran parte de la vida intelectual argentina ocurrió a lo largo de las universidades. Las intervenciones en los institutos oficiales tienen, ellas mismas, su propia historia. Ponemos en foco, en este caso, a la intervención en 1955, la que pone fin, de acuerdo con sus defensores, a la "loca aventura peronista" que purgó maestros y colocó la universidad al servicio de un proyecto de integración nacional.<sup>2</sup>

---

<sup>1</sup> Nosotros suscribimos en este punto el análisis de Alain Viala en *Naissance de l'Écrivain*. En el trabajo, el análisis del nacimiento del campo literario, Viala sugiere que la autonomía del campo se conecta a la capacidad de ofrecer problemas endógenos. En el caso del campo de la literatura analizada por él, el proceso remontaría el siglo XVIII con la creación de las primeras Academias, la regulación de los derechos de autor, etc. Viala señala que, en este contexto, el específico de la organización es que, a diferencia de la vieja institución privada, la Academia superó el propósito enseñanza, centrándose también en la construcción de una ética particular. Viala todavía tiene un importante matiz de relativización de la idea absoluta autonomía para hacer una distinción entre dos prácticas de organización del mundo de la literatura, es decir, entre el clientelismo y el patronazgo: patrocinio sería, en este sentido, una relación de vasallaje de intercambio privilegios, mientras que "le mécénat, au contraire, ne concerne que l'aide apporté par um grand personnage a des artistes pour soutenir dans l'exercice de leur art" (VIALA, 1985, p. 54). En el clientelismo, la prioridad es el servicio, el patrocinio sigue siendo arte, impregnado por una idea ostentosa de invertir en inútil, una justificación de su riqueza.

<sup>2</sup> Sobre el tema es posible consultar BLANCO, Alejandro. *Razón y Modernidad. Gino Germani y la Sociología en la Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI Ed., 2006, BUCHBINDER, Pablo. *História de la Facultad de Filosofía y Letras*. Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires. EUDEBA, 1997, DELICH, F. *La invención de la Universidad*. Buenos Aires. Talleres Gráficos Cabrera, 1988, DONGHI, T. H. *História de la universidad de Buenos Aires.*, Buenos Aires: libros de Rojas, 2012, NOÉ, Alberto. *Utopía y Desencanto. Creación y institucionalización de la Carrera de sociología en la UBA*. EUDEBA. Buenos Aires, 2005 e PEREYRA, Diego. *Dilemmas, challenges and uncertain boundaries of Argentinian sociology*. Tese de doutorado. Un. Sussex at Brighton, 2005.

En el contexto de la "reorganización nacional", que marca la narrativa de la superación del peronismo en 1955, la restauración de la universidad libre y laica se convierte en uno de los grandes lemas del sector liberal de la intelectualidad argentina (BUCHBINDER, 1997). Ampliamente apartado las sillas (en la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, se redujeron en alrededor de un tercio del profesorado), este sector intelectual se unificó en la década peronista por la oposición - no siempre frontal - al gobierno. Instituciones como el Colegio Libre de Estudios Superiores y las revistas han funcionado durante 10 años como grandes motivadores intelectuales. La renovación de la universidad pasó entonces no solo por una restauración de la autonomía institucional sino por una modernización endógena. José Luis Romero, interventor designado para la normalización, se encontraba en la proa de este nuevo proyecto universitario. Es como parte de esta renovación que aparecen en el año 1957, los cursos de Psicología y Sociología. Al contrario de las antiguas carreras, cuyas sillas fueron nuevamente ocupadas por antiguos profesores depuestos por el peronismo, estos nuevos cursos representaban un nuevo proyecto en tres dimensiones: en términos teóricos, institucionales y, en particular, en términos de una nueva actitud intelectual, científica, moderna y orientada hacia las normas de la investigación internacional. Este cambio, sin embargo, engendra tensiones en la relación entre los intelectuales, la institución y el público extrínseco, en particular con respecto a la responsabilidad de los conocimientos en un proyecto nacional de reorganización. Ese debate se realizará en el seguimiento de las páginas, con atención a la historicidad intrínseca de la relación entre los intelectuales y la cultura.

Lewis Coser en *Hombres de las ideas* (1968) recupera la distinción de Weber para desarrollar su tipología intelectual: hay personas que viven para la política o de la política, el intelectual es aquel que vive para las ideas, no de las ideas. Esta peculiar distinción tiene el sentido de defensa de una *vocación*. Tal idea es una constante en las discusiones sobre el papel del intelectual en los tiempos modernos. Pasando a través de las apuestas de Gramsci de que el intelectual es una función ocupada por determinados agentes, por la concepción neutralista, apoyada por las apelaciones de Julien Benda y por las lecturas de la sociología del conocimiento de fondo mannheiniano, que asume al intelectual como un actor libre - o que puedan pleitear desprendimiento - de la política, la discusión del

---

intelectual tiene, además de la pluralidad de trincheras, una particularidad fundamental: es en gran medida auto-referencial.

Establecer la relación de los intelectuales con los espacios públicos de enunciación es tarea que supone, aun, otros matices. Gisele Sapiro, por ejemplo, en la pista de Pierre Bourdieu toma nota de las tensiones que se establecen en el campo a partir de la posición de cada agente intelectual. Ella destaca, en este sentido, que los menos privilegiados en el campo tienden a tomar una posición más política, que sería la característica del tipo *profeta*. Si el tipo profeta tiene a su favor el alcance del polemista, el tipo sacerdotal de intelectual, por el contrario, tiene un capital simbólico más sólido, que surge de su inserción institucional. Han, en consecuencia, tenido mayores “condiciones de definir por sí mismos los términos y las fronteras de su compromiso” (2011, p. 132). Aparte de la utilización de la nomenclatura de Weber, Sapiro recupera, con su caracterización, la apuesta de Bourdieu (2001, 2009) de que el campo intelectual es, al igual que cualquier campo, un lugar de disputa. Algunos de estos conflictos, dice el autor, se desarrollan bajo el discurso de la autonomía (existencia de un grupo de productores especializados, modos específicos de consagración y un mercado para los bienes). Para Sapiro, sintéticamente, “é por um engajamento contra os poderes publicos estabelecidos que os defensores da autonomia literária vão se reapropriar dessa noção de responsabilidade” (SAPIRO, 2004, p. 104).

La idea de autonomía, sin embargo, en el supuesto de que no se dá en términos absolutos, trae la discusión sobre la ambivalencia de compromiso intelectual y la responsabilidad. Sartre, tal vez el mejor punto de observación del siglo XX con respecto a la tensión entre el compromiso intelectual y la responsabilidad, es el paradigma del intelectual total a la que se refiere Passeron. Para el filósofo francés, el intelectual es aquel que se proyecta en lo que no es de su competencia, es el técnico que se rebela (SARTRE, 1994). Corolario de esta profesión de fe intelectual, el intelectual total es alguien que practica la necesidad de asumir la responsabilidad de su condición: los técnicos del conocimiento práctico serían sólo, en ese sentido, intelectuales en potencia. La apuesta sartreana que tanto eco tuvo en América Latina y Argentina en la década de 1960, supone que el individuo siempre está involucrado en su situación. Si es así, es inevitable que sea responsable por lo que dice e incluso por lo que no dice. De ello se desprende que el intelectual se ve obligado a cuestionar el hombre concreto, su contemporáneo. Esta visión es hegemónica, en los debates de la izquierda argentina, hasta fines de la década de los

60, cuando la propuesta gramsciana del intelectual orgánico, intrínsecamente comprometido con la emancipación del sujeto histórico colectivo, se difunde entre los cuadros estudiantiles.

Se posicionando en una trinchera más mediada, Karl Mannheim estuvo entre los representantes de una sociología que buscaba, incluso en los años 30 y 40, reflexionar sobre el papel del intelectual en la formación de una sociedad libre y en la resistencia al totalitarismo. Mannheim define la figura del intelectual como un “libre flotante”, algo así como una inteligencia social desconectada de las determinaciones de nacimiento: "La participación en una herencia común de la enseñanza tiende progresivamente a reprimir las diferencias de nacimiento, profesión y de la riqueza ya unirse a ellos personajes educados por medio de la Educación que recibieron "(1987, p. 137). Esto se debe a que, en la lectura de Mannheim, las bases de reclutamiento son cada vez más "democráticas": el fanatismo político del intelectual no sería nada más que una compensación psicológica de la falta de enlaces a su grupo. El contenido utópico de la expresión de Mannheim no es, sin embargo, prerrogativa exclusiva de cierta sociología del conocimiento. En las discusiones contemporáneas están presentes, en muchos aspectos, las tensiones constitutivas de posiciones de como las de Sartre, Julien Benda, Max Weber e incluso Mannheim.

Edward Said, por ejemplo, parte de la "função pública do intelectual como um outsider, um amador e um perturbador do status quo" (SAID, 2005, p. 11). Debe actuar, por lo tanto, en el ámbito público. Reanudando la discusión sobre la definición de intelectual, Said retoma la ruta clásica de la discusión sobre los intelectuales, común a la estrategia de Coseriu. Acciona, por una parte, la tendencia que empieza en Gramsci. El marxista italiano argumentó que todos son intelectuales, pero no todos cumplen esta función. En cuanto para Julien Benda, su opuesto conceptual, intelectuales serían "un pequeno grupo de reis filósofos dotados de grande sentido moral que constituem a consciência da humanidade" (idem, p. 19). Para Said, por otra parte, estas posiciones son matizada por el caso Dreyfus, un evento que inaugura la idea de que no hay poder en el mundo lo suficientemente grande como para no ser cuestionado.

Si no se puede, por un lado, importar sin más esta discusión a el escenario argentino, por el otro, la reivindicación universalista del discurso intelectual autoriza una analogía: en América Latina y Argentina, en concreto, la historia del campo intelectual está también fisurada por una ambigua relación con el poder. Tal configuración ha sido

ampliamente discutida por la historiografía argentina. Nos concentramos aquí, por lo tanto, en la discusión sobre la autonomía de la ciencia y la función pública del intelectual que opera, en la década del 1960, a partir del diseño de una universidad científica e internacionalizada, sobre todo a partir del ejemplo de la sociología científica, desde 1957, cuando de la creación de la carrera en la Universidad de Buenos Aires y del esfuerzo del sociólogo italo-argentino Gino Germani.

La caída del régimen de Perón fue causada, además de la descomposición interna de sus bases de apoyo, por muy heterogéneas fuerzas de coalición (BEIRED, 1996, NOÉ, 2005). La Iglesia Católica, disgustada con las medidas hostiles de los últimos años del gobierno, se añadió a todo el espectro de posiciones liberales, una parte de la derecha nacionalista que entendía que el peronismo no era, por así decirlo, lo suficiente peronista e incluso grandes sectores de la izquierda. Esta polifonía generó, cuando de la presidencia de Lonardi en 1955, un conflicto entre estas tendencias antes comungadas por el objetivo común. La escena intelectual, principalmente las tendencias liberales y progresistas, no escapó a esta tendencia. Además de estas tensiones políticas, el final de la década de 1950 es, en términos continentales, marcado por la aparición de un nuevo paradigma emancipatorio: la Revolución Cubana. De este modo, el amplio proceso de desperonización que unificó la Argentina liberal, incluyendo la Universidad, se pasa en un período fértil de reflexiones sobre el papel de la participación del intelectual en la construcción de los sistemas democráticos.

También en razón de la pluralidad de las posiciones políticas, las críticas al proyecto de renovación universidad no son pocas. Si, en un primer momento, el movimiento estudiantil se mostró ampliamente compatible con el rector Romero y la implementación de nuevos cursos, como la sociología, las tensiones entre la universidad y el poder político ya se está hacían sentir. Del Oro Maini, ministro de la Educación de Lonardi y Aramburu, mantuvo una frágil estabilidad con relación a las exigencias de la universidad. Aunque respaldando públicamente el proyecto de Romero, Maini estuvo en oposición directa a la asignación de Gino Germani a la proa de la fundación de la carrera de sociología en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Maini representaba, en este sentido, un gran sector de la derecha nacionalista que veía en Germani, y en los sectores progresistas de la universidad en general, la amenaza comunista de inspiración cubana. A la desconfianza de la derecha nacionalista se añadirá, en los años siguientes, la desconfianza de un sector del alumnado informado por el discurso anti-imperialista que



circulaba desde Cuba. Germani sería entonces acusado de ser divulgador de ideologías foráneas. Como ejemplo de tales críticas Milcíades Pena dijo que el proyecyo de la sociología científica “educa a los futuros sociólogos en el estilo burocrático y parcelario que caracteriza el empirismo abstracto” (apud PONZA, 2010, p. 37).

El gobierno de Frondizi, que se sigue a Aramburu en 1958, mantuvo un discurso conciliador, pero marcado de antemano por la negociación con el peronismo radical. La ambigüedad de su posición, sin embargo, se sintió inmediatamente en el inicio de su gestión, cuando de la apertura al capital extranjero y del plan educativo que permitía la creación de universidades privadas (y, por tanto, gran medida, religiosas). La medida promueve una tensión entre la entonces aparentemente consolidada alianza entre la universidad y el gobierno.

El clima de polarización política se radicaliza con el asedio a las publicaciones académicas, incluyendo las del Instituto Torcuato di Tella y culmina en 1966 con *La noche de los Bastones Largos*<sup>3</sup>. Entonces comienza un periodo de persecución generalizada de los profesores. Es el retorno de la expectativa autoritaria que elimina de la universidad sus principales maestros y, con ellos, el prestigio intelectual construido por el proyecto de renovación. 1966 marca, además, un período de desconfianza de los intelectuales. En la dicotomía entre acción y contemplación, se genera un discurso ampliamente favorable a la participación directa. El referencial emancipador cubano es, por definición, sustancialmente diferente de lo preconizado por el proyecto teórico de Germani: la comprensión de los fenómenos por la observación con vistas a un aumento progresivo de la racionalidad. El trabajo de Noé (2005) analiza la crisis del proyecto de Germani y plantea la cuestión de en qué medida el fracaso de la sociología científica es causado por las tensiones políticas y en qué medida es el resultado de la incompatibilidad de sus directrices generales con la tradición intelectual argentina. Supongo, sin embargo, que a partir de la hipótesis central de la tesis de Noé también se puede resaltar un tercer elemento clave, por el cual la relación entre la política y la universidad es presentada a la parte delantera de análisis: las actitudes intelectuales que se interponen en disputa pública en este contexto de radicalización.

---

<sup>3</sup> Invasión policial a la Universidad de Buenos Aires que marcó el comienzo de un amplio período de persecución y autoritarismo en la universidad.

Propongo, en ese sentido, que la desconfianza de la sociología científica no opera sólo en términos de tensiones institucionales, ni tampoco, por otra parte, puede explicarse a partir de un agotamiento endógeno y teórico de su tesis empírica. La apuesta de Gino Germani también se suponía teóricamente refractaria a la creencia, en boga en los años sesenta, de que la ciencia debe operar para una causa extrínseca, orientándose por fines heterónomos. En el prólogo al libro de W. Mills, *La imaginación sociológica* - una crítica de la sociología empírica y del punto de vista neutralista en relación con la autonomía del sociólogo frente a la sociedad -, Germani escribe que Mills basa su análisis en una sociedad (EE.UU.) en la cual el proceso de institucionalización de la sociología es muy avanzado y donde las contribuciones de los sociológicos europeos han sido equilibradas por "la vigorosa tradición empírica sajona" (2010, p. 391). Por lo tanto, Germani hace más que un comentario a la obra de Mills, sino que aboga por una verdadera tesis en el prefacio: las deformaciones de la sociología en los Estados Unidos no pueden ser asignadas a la disciplina en si, sino a que la sociedad americana en general que tiene "ciertas tendencias 'obsesivas' claramente perceptibles en muchas otras esferas de la vida norteamericana" (2010, p. 393). Germani sigue

las tendencias especulativas y el irracionalismo filosófico florecido en la estructura tradicional de universidad en Alemania constituyó sin dudas uno de los ejemplos más típicos de deformación ideológica, tal como se hizo patente cuando gran parte de la sociología alemana (precisamente las corrientes más espiritualistas, a la Freyer) se puso desembozadamente al servicio de la ideología autoritaria (GERMANI, 2010, p. 394).

Aunque la defensa metodológica de una sociología científica y empíricamente observable sea una constante en muchas obras de Gino Germani, no está en el alcance de este trabajo exponerla de modo extensivo. Así, sostengo que uno de los puntos de observación de su defensa de método es la crítica a la división específicamente alemana entre ciencias naturales y ciencias del espíritu (y la alocaión de la sociología entre esas últimas). Para él, la influencia de ese modelo es responsable, en larga medida, por la situación de inanición que él diagnostica en los estudios sociológicos argentinos. Si, en América anglosajona, la tradición empirista impidió la sociología de convertirse en ensayo o filosofía, en la Argentina, por el contrario, el peligro es opuesto a aquel diagnosticado por Mills: entre los argentinos, sostiene Germani, la ambición de las grandes síntesis históricas y explicaciones ontológicas suplanta cualquier esfuerzo de trabajo empírico.

El proyecto de Germani, ampliamente divulgado por su editorial y su esfuerzo institucional, se alinea con una visión bastante consolidada en la sociología de los Estados Unidos. Si no se puede decir, como advierten Blanco (2006) y Pereyra (2005), que Germani fue simplemente un discípulo del funcionalismo anglosajón, sostengo que en cuanto a la actitud intelectual la coincidencia es más acuciante. En este sentido, la apuesta empírica estuvo basada en la idea de que la ciencia debe operar de manera regulada y sistemática, lejos de ofrecer soluciones políticas inmediatas. Lo que se configuraría, según el mismo Max Weber, en un peligro para una comprensión completa de los hechos. Esta actitud intelectual es atacada frontalmente desde 1964, aunque, como he tratado de señalar, ya estaba germinando desde la base misma del curso en la UBA y, en particular, la designación de Germani como su organizador. Para tipificar esta crítica, a modo de ejemplo, es posible observar la divulgación del "caso Camelot". Supongo que por esa observación es posible rastrear la creciente desconfianza en la apuesta de la neutralidad intelectual no sólo en la Academia, pero, sobre todo, en la prensa y en la esfera pública por lo general.

El escándalo ocurrió en Chile, entonces la gran Meca de la sociología latinoamericana. Se trató de una queja presentada por un antropólogo - supuestamente un miembro del proyecto - de que el Departamento de Defensa de Estados Unidos estaría financiando la investigación sociológica en el continente. En las denuncias a la prensa chilena, el profesor Johan Galtung señaló que había este tipo de iniciativas distribuidas en toda América Latina. Se acusa al gobierno de Estados Unidos de la conocida conexión con sus universidades, en especial el MIT y Michigan, y se señala que el 80% de la investigación en ciencias sociales fue financiado por el Pentágono con el apoyo de la Fundación Ford. En la transcripción del proyecto, se lee: "El proyecto Camelot es un estudio que tiene por objetivo determinar la posibilidad de elaborar un modelo general de sistemas sociales que permita predecir aspectos políticamente significativos del cambio social en los países en vías de desarrollo, e influir sobre ellos" (SELSER, 1966, p. 62). El proyecto duraría 3-4 años con una inversión de 1,5 millones de dólares al año, lo que saldría del tesoro del Departamento de Defensa. En una carta, los maestros de Chile denuncian la falta de ética por no mencionar, en la investigación, la fuente de financiación, "no es posible hablar en ese caso de ingenuidad y buena fé sino de deliberada voluntad de engañar" (idem, p. 77), sostienen que los objetivos son claramente políticos y que ese fato "ha danado gravemente la reputación de la sociología científica en nuestro país" (ibidem, p. 77). De ese modo, "todos los esfuerzos de una década caen

así derrotados por la irresponsabilidad de algunos. Las consecuencia de todo esto no caerán, por supuesto, sobre los culpables, sino sobre los sociólogos chilenos en general” (SELSER, 1966, p. 78).

La reacción al *proyecto Camelot* se amplifica en Argentina por el movimiento antes mencionado de aceptación del paradigma de la revolución cubana. Es importante tener en cuenta que en el segundo post-guerra, la sociología de Estados Unidos está marchando triunfalmente a través del mundo “juntou uma pesquisa social empírica quantitativamente orientada e sofisticada com uma teoria estrutural-funcionalista desvinculada de suas origens e de seu contexto histórico e filosófico, e reduzida a uma aplicação de médio alcance” (JOAS in GIDDENS, p. 127). El cuestionamiento de los supuestos teóricos de Germani es, en este sentido, correlacionado a la sospecha imperialista que informan las narrativas nacionalistas argentinas, tanto de la derecha y como de la izquierda.

El diseño de una sociología de orientación científica, capaz de entender racionalmente los fenómenos en combustión en la política argentina - como el peronismo – siempre albergó disidentes. Sin embargo, sostengo que en los *sixties* la revalorización del marxismo operó como catalizadora teórica de esas desconfianzas. Muchos de los estudiantes que volvían a la Argentina después de años en el exterior – irónicamente favorecidos por el amplio programa de becas internacionales apoyado por Germani – actualizaron las críticas a la aposta de la sociología científica. En 1962 comenzará la crítica más dura de estos discípulos, especialmente Miguel Murnis y Eliseo Verón. En 1964 Germani abandona su puesto en la UBA, que luego pierde a uno de sus principales portavoces internacionales. En 1966, la intervención da cable del proyecto de manera definitiva. A continuación del proceso de radicalización política da espacio a la figura del intelectual militante, como Portantiero, por ejemplo. Al mismo tiempo, fuera de la academia, otra trinchera cultural, capitaneada por nombres como Jauretche, Arregui y Ortiz, teje feroces críticas a esta "ciencia de los científicos," separada, según sus detractores, de las necesidades populares. Después de todo, las preguntas que informan esos debates de los *sixties* son: los intelectuales son aún necesarios para la revolución? Como garantizar un hombre comprometido, además de una obra comprometida?

Como tal vez el ataque más sistemático y más conocido a la propuesta de la modernización universitaria en la que se basa la sociología científica, Arturo Jauretche resume las opiniones críticas a las que me refiero: él sostiene que la composición de clase

del estudiantado llevó a su compromiso con la coalición anti-revolucionaria que derrocó a Perón. Encantados con la retórica científicista, dice Jauretche, los estudiantes en varias ocasiones "mostrarán su entusiasmo por estas frases generales" (JAURETCHE, 1973, p. 463). Es, por lo tanto, más correcto culpar a los maestros que exaltaban los valores del espíritu mientras que las de personas murieron de hambre, que a los estudiantes que creían en la "farza colonizadora".

Jauretche también sostiene que en 1957 se inaugura un 'período anárquico "la caída de Perón convirtió la vuelta de la oligarquía al poder – hecho deseado por la iglesia – en la expulsión de los profesores católicos y su sustitución por la izquierda liberal" (1973, p. 465). La universidad, guiada entonces a los intereses de la clase dominante, sostenía de modo equivocado que ser secular ser, inmediatamente, ser libre. Jauretche cuenta cómo poco a poco el movimiento estudiantil estaba cayendo en sí, al darse cuenta de que había sido engañado, y, finalmente, volvía a acercarse a la clase obrera que habían repudiado. El polemista peronista sostiene además que "es la inteligència del imperialismo que busca desde la cátedra apartar a los estudiantes de la lucha nacional" (idem, p. 471), "es la inteligència aislada del Pueblo, de ese aislamiento sale na 'inteligentzia sin bandera" (ibidem, p. 472). Critica frontalmente, en este sentido, el proyecto iniciado por Romero. Una red de mentiras, sostiene él, mantiene oculto el hecho de que se han alcanzado las demandas del Movimiento 1918 precisamente en el gobierno de Perón, bajo cuya gestión, argumenta, no había ninguna restricción de la opinión: era una universidad democrática

En 1970, en una carta de la FUBA a Arregui, leemos: "estamos rompendo con la alienación colonial en la que se cimentaba el divorcio con los trabajadores y el movimiento popular" (JAURETCHE, 1973, p. 512). 1955 habría sido sólo un ejemplo más del viejo truco de la oligarquía espiritual para dar marcha atrás al reloj de la historia:

En esta época la ciência se viste de un purismo universal que pretende distraerla de la realidad concreta de un pueblo sometido, de una nación avasallada. Es el império de la racionalidad burguesa como necesidad de las clases dominantes para fundamentar su existència y justificar por una teoría científica la política neocolonial. El científicismo en la universidad se correspondía con el desarrollismo frigerista del país (idem, p. 513).

La alternativa revolucionaria, entonces, sería la "ciencia nacional": "a partir de ello se desmistifican las promesas pacificistas visualizándose positivamente formas superiores de lucha". En un documento elaborado en Rosario con motivo de "Mesa

Nacional Provisória del Peronismo Universitario”, el período de 1955-1966 recibe el nombre de "segunda década infame", en la que los trabajadores “al no tener acceso a la universidad, no están atados a la cultura de las clases dirigentes, de ahí que estando menos informados que los estudiantes, ostentan una conciencia política mayor” (JAURETCHE, 1973, p. 518). En el documento está presente la convocatoria de soporte intelectual contra “las grandes abstracciones sociológicas a-históricas” (idem, p. 521) en oposición a la intención de transformar la universidad en cuerpo de asesoramiento empresarial, la penetración cultural de los órganos del imperialismo que, además, “practican el espionaje sociológico” (ibídem, p. 522). “El cientificismo universitario que llevó a uno de los rectores proclamar que la universidad no debía salir de la esfera de sus funciones específicas, que eran exclusivamente las de enseñar e investigar” (ibidem, p. 523).

Em la *Declaración de los docentes peronistas de la carrera de sociología*, firmado pelo mismo “bloque”, en 1969, consta que:

“Sociólogos que ponen en primer plano su vinculación practica y real con el movimiento nacional, que consideran la profundización de los estudios sobre la realidad argentina y sistematización de la experiencia colectiva de las masas populares: el punto de partida de una actitud verdaderamente científica; no disfrazado de ciencia, como habitualmente es el conocimiento sociológico de cualquier escuela” (JAURETCHE, 1973, p. 525).

En 1968, ya después del ocaso del proyecto de la sociología científica, el discurso de conferencia inaugural del rectorado es un síntoma de cómo esta nueva orientación nacionalista impregna los marcos institucionales. En ese momento, en el auditorio de la Facultad de Filosofía y Letras, la orientación de la nueva universidad se coloca en los siguientes términos por R. Devoto: los objetivos de la institución son formar los sabios, investigar, crear y preservar la cultura de su tiempo. Al no tomar en cuenta esas necesidades, según él, la Universidad Argentina se convirtió en un amasijo de centros de formación profesional. Propone en fin que el saber desinteresado debe participar efectivamente en la vida nacional.

En la inauguración del año académico 1969, en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Devoto es claro: la universidad debe asumir la responsabilidad por el hombre concreto, el argentino, sin desviaciones “!Mucho menos aún puede tolerarse en ninguna universidad argentina una prédica y una acción disolvente del alma o del cuerpo de la patria” (DEVOTO, 1969, p. 91). La autonomía debe estar calificado para ello, y no se asignará un rechazo de la función nacional en nombre de la neutralidad científica. Devoto sigue:

El departamento de filosofía ocupa, en nuestra concepción de la moderna universidad, un lugar muy particular: su función consiste no sólo en dar formación especializada para los alumnos que elijan esa disciplina, proporcionar los conocimientos básicos para todos los demás estudiantes y los más elevados correspondientes al postgrado (tal como sucede con los otros departamentos de ciencias puras) sino y especialmente suministrar el enfoque filosófico en todas las carreras que se cursan en la universidad, debiendo para ello 'impregnar' el contenido de todos los cursos que en ella se compartan" (DEVOTO, 1969, p. 123).

Supongo, por lo tanto, que la crítica de la sociología científica de Germani es también una desconfianza de la ciencia. No sólo a la validez de sus resultados, pero sobre todo a la desconfianza de la responsabilidad intelectual hacia las necesidades de su país o de su clase. En este sentido el nacionalismo y el marxismo, las fuerzas telúricas de los años sesenta, se encuentran en la idea de que el conocimiento es un medio para un fin social, no un fin tautológico cuya justificación es siempre endógena.

Este cambio es, como hemos argumentado, mundial, pero resuena de modo *sui generis* en países como Argentina, cuya mezcla de marxismo y voluntarismo estaba bajo los auspicios de la revolución cubana. A cambio, a modo de conclusión, presento la reflexión de Polanyi, poniendo de relieve estas cuestiones aún en 1949. Para él, la ciencia es siempre algo en que creemos. Es necesario esa creencia componga los valores de la sociedad. La validez de una declaración científica no depende exclusivamente de la evidencia del contenido, sostiene él. Incluso los sentidos no pueden caer en el absolutismo científico de la observación: "mesmo nos estágios mais elementares do ato de cognição já estamos comprometidos com um ato de interpretação" (POLANYI, 2003, p. 49). La creencia en la ciencia debe, pues, ser rehabilitada en el barro que fue lanzada por los positivistas, debe convertirse en parte de nuestras convicciones científicas. Por eso, dice, defender la libertad de la ciencia es defender un punto de vista sobre el mundo. Por ello es necesario, para la defensa de la relevancia del discurso científico, para sostener la posibilidad de ella se validar en términos endógenos, rehabilitar "la capacidad de creer con los ojos abiertos" (ídem, p. 66). Defender la libertad de la ciencia de este modo es defender un punto de vista comprometido en el mundo, "a formulação e aceitação fiduciárias da ciência encaixam-se em nossa concepção fiduciária de sociedade livre" (ibidem, p. 65).

Para Polanyi, la ciencia subordinada al bienestar es un ataque intelectual y moral, "a função das autoridades públicas não é planejar pesquisa mas apenas proporcionar oportunidades para sua conduta" (POLANYI, 2003, p. 150). El control debe

ser comunitário. “A liberdade acadêmica consiste no direito de escolher o problema a investigar, em conduzir a pesquisa sem qualquer controle externo e em ensinar o assunto em pauta a luz de opiniões próprias” (POLANYI, 2003, p. 69), es decir, no es la libertad como nihilismo ni como una obligación. La libertad es finalmente nada más que una forma eficiente de organizar la ciencia. “É evidente que a liberdade acadêmica não é jamais um fenômeno isolado. Ela só pode existir numa sociedade livre, porque os princípios em que se baseia são as mesmas fundações sob as quais repousam as liberdades essenciais da sociedade” (idem, p. 85), tenemos que garantizar, por lo tanto, una conciencia espontánea.

El enfoque de Polanyi es un medio término que poco eco encuentra en Argentina en la década de 1960. Aunque no sean necesariamente contradictorias de antemano, la responsabilidad científica e intelectual y el intelectual comprometido con la oferta nacional constituyen dos tipos ideales de postura intelectual que, en la década de 1960, se ponen en pugna. Queda poco espacio para el desarrollo de intentos híbridos. Estos dos puntos de vista sobre la neutralidad científica y la responsabilidad intelectual, que he intentado demostrar, ayudan a perceber que la negación de la sociología científica no ocurrió exactamente como una refutación en términos teóricos inmanentes, tampoco por condiciones exclusivamente políticas. El marxismo y el nacionalismo juegan el papel, en este contexto, de paloma enxadrista. Esta situación confirma la apuesta teórica que subvenciona nuestra exposición, a saber, la idea de que no sólo se defienden tesis, pero siempre un mundo en el que las tesis estean en casa.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BEIRED, J. L. *Autoritarismo e Nacionalismo: O Campo Intelectual da Nova Direita no Brasil e na Argentina*. Tese de doutorado apresentada à Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo. São Paulo, 1996.

BLANCO, Alejandro. *La Asociación Latinoamericana de Sociología: una historia de sus primeros congresos*. Sociologías. Porto Alegre, ano 7, n 14, jul-dez 2005, p. 22-49.

BLANCO, Alejandro. *Razón y Modernidad. Gino Germani y la Sociología en la Argentina*. Buenos Aires. Siglo XXI Ed., 2006.

BOURDIEU, Pierre e PASSERON, Jean C. *Mitosociología*. Trad. Ramiro Gwal. Barcelona. Editorial Fontanella, 1975.

BOURDIEU, Pierre. *Homo Academicus*. Buenos Aires. jayEd. Siglo XXI, 2008.

BOURDIEU, Pierre. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires. EUDEBA, 2009.

BOURDIEU, Pierre. *Meditações Pascalianas*. Trad. Sergio Miceli. Rio de Janeiro. Ed. Bertrand Brasil, 2001.



- BUCHBINDER, Pablo. *História de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires. EUDEBA, 1997.
- COSER, L. *Hombres de ideas. El punto de vista de um sociólogo*. Trad. Ivonne de la Peña. Ciudad de Mexico. Fondo de Cultura Económica, 1968.
- DELICH, F. *La invención de la Universidad*. Buenos Aires. Talleres Gráficos Cabrera, 1988.
- DEVOTO, R. *Sobre una nueva universidad. Discursos y Conferencias*. Universidad de Buenos Aires. Reitorado de 68 a 69.
- DONGHI, T. H. *História de la universidad de Buenos Aires.*, Buenos Aires: libros de Rojas, 2012.
- GERMANI, G. *La Sociedad em cuestión*. Antología Comentada. Buenos Aires. CLACSO, 2010.
- GERMANI, G. *La Sociología em la America Latina: problemas y perspectivas*. Editorial EUDEBA. Buenos aires, 1964.
- GERMANI, G. *Política e Sociedade numa época de transição*. São Paulo. Mestre Jou, 1973.
- GERMANI, G. *Prólogo a La Imaginación Sociológica* de MILLS, W. Selección de obras de sociología. Mexico. Fondo de cultura económica, 1961.
- GIDDENS, A e TURNER, J. *Teoria Social hoje*. São Paulo. Ed. UNESP, 1999.
- GRAMSCI, Antonio. *La formación de los intelectuales*. Trad. A. G. Veja. México DF. Ed. Gryalbo, 1967.
- JACOBY, Russel. *O fim da utopia: política e cultura na era da apatia*. Tradução de Clóvis Marques. Rio de Janeiro: Record, 2001.
- JAURETCHE, A. *Los profetas del ódio y la Yapa. Colonización Pedagógica*. Buenos Aires. Peña Lillo Ed, 1973.
- MANNHEIM, K. *Ideología y Utopia. Introducción a la Sociología del Conocimiento*. Trad. Echavarría. Mexico. Fondo de Cultura Económica, 1987.
- MANNHEIM, Karl, "Competition as a cultural phenomenon" en Wolff, Kurt H., *From Karl Mannheim*, Oxford University Press, New York, 1971, pp. 223-261)
- MANNHEIM, Karl. *Diagnóstico de nosso Tempo*. Rio de Janeiro. Zahar, 1973
- MICELI, S. *Vanguardas em Retrocesso*. São Paulo. Companhia das Letras, 2014.
- MILLS, Write. *A imaginação sociológica*. Rio de janeiro, zahar, 1969.
- NOÉ, Alberto. *Utopia y Desencanto. Creación y institucionalización de la Carrera de sociología em la UBA*. EUDEBA. Buenos Aires, 2005.
- PEREYRA, Diego. *Dilemmas, challenges and uncertain boundaries of Argentinian sociology*. Tese de doutorado. Un. Sussex at Brighton, 2005.
- POLANYI, Michael. *A lógica da liberdade*. Rio de Janeiro. Ed. Topbooks, 2003.

- PONZA, Pablo. *Intelectuales y violencia política, 1955-1973*. 1 ed. Córdoba. Babel Ed, 2010.
- SAID, Edward. *Representações do Intelectual*. Conferencias Reith de 1993. São Paulo. Cia das Letras, 2005.
- SAPIRO, G. *Modelos de intervención política de los intelectuales. El caso francés*. EHESS. Prismas, n 15, 2011. P. 129-154..
- SAPIRO, Gisele. *Elementos para uma história do processo de autonomização: o exemplo do campo literário francês*. Trad. Miceli e Guillon. Revista Tempo Social, julho 2004, p. 93-105.
- SARLO, Beatriz. *Antología del pensamiento argentino*. CLACSO, 2015. Disponível em <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/se/20151023021025/AntologiaArgentina.pdf> acessado em 20/04/2017.
- SARTRE, J. *Em defesa dos intelectuais*. São Paulo. Ed. Atica, 1994.
- SELSER, G. *Espionaje en America Latina. El pentágono y las técnicas sociológicas*. 2. Ed. Buenos Aires. Ed. Iguazu, 1966.
- VERÓN, E. *Imperialismo, lucha de clases y conocimiento: 25 años de sociología en Argentina*. Buenos Aires. Ed. Tiempo Contemporáneo, 1974.
- VERÓN, Eliseo. *Conducta, Estructura y Comunicación*. Buenos Aires. Ed. Jorge Álvarez, 1968.
- VIALA, Alain. *Naissance de l'écrivain. Le sens Comum*. Ed. De Minuit. Paris, 1985.
- WEBER, Max. *A ciência como vocação*. Disponível em [www.lusosofia.net/textos/weber\\_a\\_ciencia\\_como\\_vocacao](http://www.lusosofia.net/textos/weber_a_ciencia_como_vocacao) acessado em 20/04/2017.